



uais

RA XIMHAI

Volumen 13 Número 2

julio – diciembre 2017

121-133

EL LEJANO ESTRATO DE LA SINRAZÓN: EXPRESIONES DE LOCURA EN EL PUERTO Y CIUDAD DE MAZATLÁN FINALES DEL SIGLO XIX

THE DISTANT STRATUM OF UNREASON: EXPRESSIONS OF MADNESS IN THE PORT AND CITY OF MAZATLÁN LATE NINETEENTH CENTURY

Griselda Santiago-Pérez

Estudiante de la maestría en Historia Facultad de Historia-Universidad Autónoma de Sinaloa. Correo electrónico: grizelsantiago@gmail.com

RESUMEN

El presente trabajo aborda aspectos de la vida porteña, respecto a los inconvenientes y constantes desafíos sobre las diversas epidemias y enfermedades a las que se enfrentaron los habitantes, así así como el papel desempeñado por las instituciones hospitalarias. Aspectos tomados en cuenta para vislumbrar la otra cara de la realidad, en oposición a la modernidad y el progreso aludido por la elite gobernante durante los años porfiristas, quienes trataron de disfrazar las precariedades ante la insolencia de la atención a la salud.

Aunado a ello, detiene su atención principalmente a las manifestaciones de locura de hombres y mujeres dementes al interior de la ciudad y puerto de Mazatlán en los últimos años del siglo XIX, específicamente entre 1877 hasta 1900. La presencia de estos marcó una pauta importante entre la ciudad en aras del progreso y la efímera realidad a la que se enfrentaron en relación a la salud y el orden que se pretendió tener. Y además permite observar la perspectiva que se tenía de ellos, así como la construcción y la asociación de las causas sobre la locura. Con la participación de estos individuos inadaptados, trasgresores del orden, de la desviación social y la pobreza, que trataron de ser evadidos, limitándolos a la integración de la convivencia social. Bajo la instauración de formas disciplinarias, regidas por normas, costumbres y rutinas que guiaron su conducta. La segregación por el modo de comportamiento, determinaron la construcción de estereotipos por parte de la sociedad, la familia, los médicos y autoridades públicas.

Palabras clave: instituciones, siglo XIX, México, salud, medicina.

SUMMARY

This work deals with aspects of life port, with respect to the inconveniences and constant challenges on the different epidemics and diseases that the inhabitants faced, as well as the role played by the hospital institutions. Aspects taken into account to envision the other side of reality, in opposition to the modernity and progress alluded to by the ruling elite during the Porfirian years, who tried to disguise precariousness in the face of the insolency of health care. In addition to this, he pays attention mainly to the madness manifestations of demented men and women inside the city and port of Mazatlán in the last years of the XIX century, specifically between 1877 and 1900. The presence of these marked an important guideline between the city for the sake of progress and the ephemeral reality that they faced in relation to the health and order that was intended to have. And in addition it allows to observe the perspective that was had of them, as well as the construction and the association of the causes on the madness. With the participation of these maladjusted individuals, transgressors of order, social deviance and poverty, who tried to be evaded, limiting them to the integration of social coexistence. Under the establishment of disciplinary forms, governed by rules, customs and routines that guided his conduct. The segregation by the mode of behavior, determined the construction of stereotypes by society, the family, doctors and public authorities.

Key words: institutions, 19th century, Mexico, health, medicine.

Mazatlán: breve recuento de sus rostros y realidades

Mazatlán fue sin lugar a dudas, el puerto y la ciudad importante del noroeste mexicano durante buena parte del siglo XIX, debido a su dinámica actividad mercantil y productiva, y también por el desarrollo urbano. Se prestó la atención a la presencia y efectos del proceso de modernización y progreso que

experimentó la ciudad, y es que no fue fortuito que durante los años porfiristas se proyectará la ciudad prospera entre las elites y sectores distinguidos de la sociedad local. Por lo que imperó mayormente fue la mentalidad económica, por las redes comerciales entre porteños y extranjeros y sobre todo por su condición demográfica.

Permitiendo el arribo de individuos provenientes de municipios como el Rosario, Cósala, El Fuerte, etc., o de otros estados como Guadalajara, Sonora, Durango y Tepic, también extranjeros provenientes de Alemania, Canadá, Chile, España, etc. (Favela, 2014). En busca de oportunidades económicas u otras circunstancias que les arrojaron a cambiar su forma de vida y perfilar un mejor porvenir; los recién llegados se enfrentaron a una rutina distinta al de su lugar de procedencia adoptando nuevas ideas y costumbres.

A pesar de tener una traza urbana accidentada, el dinamismo prosiguió en los años posteriores, algunos de los visitantes se establecieron temporalmente para degustar el puerto ya reconocido por su atractivo y otros se quedaron a vivir permanentemente, esta mezcla social con una esencia indeleble se presentó en los años porfiristas.

Algunos autores comentan: “los contrastes en la ciudad de Mazatlán estaban presentes, era un lugar, en donde se cruzaban los elementos propios de la cultura europea y la porteña, la pobreza y la opulencia, lo fino con lo burdo, además que era una población que año tras año crecía” (Pérez, 2009, 85).

Las diferencias sociales fueron evidentes en el corolario del puerto, tanto en las relaciones sociales y las actividades a las cuales se inmiscuyeron, así como las conductas que cada individuo adoptó, todo esto directa o indirectamente conformaron el espacio mazatleco.

Por tanto lo que se configuró al interior de la sociedad fue una diversificación social, en la que se propició el racismo y la exclusión, pues al presentar un amplio abanico en su confluencia humana permaneció un grupo pequeño de marginados, compuesto por prostitutas, alcohólicos, pordioseros, vagos y dementes, estos representaron la contra parte del proceso modernizador, siendo actores desplazados y considerados nocivos por la sociedad y las autoridades públicas; además las diferencias sociales se inscribieron en que no todos los habitantes se beneficiaron de las riquezas, la elite porteña y algunos extranjeros aprovecharon mejor la actividad económica.

Aun cuando vislumbró como una ciudad cosmopolita, al espíritu mazatleco no le faltaron infortunios pues aún persistía la imagen desolada por las epidemias, enfermedades y las secuelas derivadas de la insalubridad. Desde 1849 el cólera laceró la vida de los habitantes (Favela, 2014), posteriormente la fiebre amarilla asoló mayormente a la población. Así lo afirmaba la prensa de la época:

Con lujo de variedad espantoso ha marchado la fiebre dominante: será fiebre tifoidea, será fiebre amarilla, será fiebre pernicioso o lo que Dios quiera; pero ha causado y sigue causando la perdida de muchas vidas, y no parece disminuir, sino que continua terrible para todos, y más que para nadie la gente pobre, en quien causa el noventa y cinco por ciento de defunciones (*El Correo de la Tarde*, 17 de octubre de 1883, p.2).

Fue una de las principales causas de la mortalidad, un año después el puerto contaba con 15,233 habitantes. También la peste bubónica dejó estragos devastadores, se empezó a propagar poco a poco desde 1887 por toda la ciudad y en los poblados aledaños al puerto, aunque su aparición se precisó hasta 1902 (*El Socialista*, 18 de abril de 1886).

Por ende, estas afectaron la salud de los habitantes y a varios de ellos les costó la vida, cabe mencionar que no eran las únicas enfermedades, pues permearon otras no menos importantes como la tuberculosis, la viruela, enfermedades gastrointestinales y venéreas (Sífilis), y también el alcoholismo.

En este sentido, la vida de los mazatlecos se asemejó a la de los chilenos a pesar de situarse a una distancia considerable, en las últimas décadas del siglo XIX sufrieron estragos similares, por causa de fiebre intermitente, fiebre palúdica, tifoidea, buena parte de los habitantes perdieron la vida. Sumada a esta situación lidiaron con "la miseria, el hambre y la degradación moral de un pueblo desamparado, carente de una política de protección social e irreverente objeto de cálculos financieros, contrasta, pues, agudamente, con las risas y fiestas de la sociedad dominante "(Illianes, 2010, p. 30).

Era evidente, la falta de medidas ineficaces en cuanto al cuidado de la salud de los individuos, a pesar de que el gobierno estipulaba criterios para cubrir las necesidades y atender de manera pertinente esta situación, la realidad distaba mucho, la insalubridad persistió en el puerto; sólo se aludían las supuestas mejoras de la infraestructura, aunque no cumplieron con los requerimientos necesarios.

Aparentemente la traza urbana no afectó en cuestiones de salud, sin embargo, los habitantes al asentarse en lugares que creyeron pertinentes, suscitaron una ciudad sin orden alguno, generando hacinamiento, además no tuvieron una disciplina sanitaria porque arrojaban basura y desechos orgánicos por las ventanas de sus casas, dándoles un aspecto nauseabundo a las calles. Los esfuerzos y la búsqueda de mejoras materiales y equipamiento hospitalario durante el gobierno de Francisco Cañedo seguían siendo insolventes.

Evidentemente no se podía vivir todavía con las mejores condiciones, por lo menos no en este caso, la persistencia e incapacidad para regular la situación y las iniciativas que se querían fincar para los oriundos fueron poco contundentes. Una muestra de ello fue la pretensión de establecer un consultorio médico con el propósito de atender a los pobres, brindando atención médica, una por la mañana y otra por la tarde. Sin embargo, médicos extranjeros se opusieron a brindar sus servicios, mientras no hubiese remuneración económica, no harían nada por los necesitados (*El Correo de la Tarde*, 18 de octubre de 1883, p. 2).

El espectáculo escenificado en el puerto en estos años no era nada grato, en realidad las epidemias no cesaron y no fueron combatidas con facilidad para su total desaparición. Las noticias sobre la situación por la que atravesaban los porteños se percibieron en algunos estados del país, y gracias a eso, el estado de Veracruz empezó a realizar funciones teatrales con esfuerzo y dedicación, logrando recabar alrededor de \$4,000 pesos, mismos que fueron destinados a los habitantes mazatlecos con el propósito de aliviar en parte la deplorable situación (*El Correo de la Tarde*, 8 de noviembre de 1883, p. 2).

Por otro lado, las instituciones hospitalarias existentes no se dieron abasto con los enfermos para ser debidamente atendidos. Según investigaciones el primer hospital fue el de San Pedro, su establecimiento data en 1844 (Rodríguez, 2008), pero otros lo estipulan en 1849 (Díaz de la Vega & Lamarque, 1992) no hay precisión en ese sentido. Lo que sí es sabido, es que este hospital estaba destinado principalmente para los enfermos de la comunidad militar, pero con los estragos epidémicos proporcionó sus servicios a la sociedad civil ante las exigencias y peticiones por parte de los habitantes. No fue sino hasta 1876 cuando inauguraron el Hospital Civil y para su construcción se hicieron llamados a la población con la finalidad de solicitar donaciones, mismas que beneficiarían a los mazatlecos, así como a los poblados circunvecinos.

Sumado a estas dos instituciones, se emprendió el proyecto de la construcción de un lazareto destinado a los epidemiados, como medida preventiva de la propagación y contagio serían aislados, además del miedo que surgía entre los mazatlecos. Con este fin, el 27 de marzo de 1884 la Junta de Sanidad pidió al Ayuntamiento la donación del solar Puntilla del Puerto Viejo o la Loma del Fortín Iturbe en el que sería establecido provisionalmente, sin más rehusó, optaron por el primer solar (*El Pacífico*, 10 de abril de 1884, p. 3).

Se estipuló que una vez culminada su construcción, el traslado de los enfermos sería por la periferia, evitando pasar en medio de la ciudad. Cuando por fin se consolidó, el lazareto fungió como un espacio alternativo dada la situación enfrentada por los hospitales, y es que el “aislamiento forzoso o no era absolutamente pertinente y necesario: todos los enfermos “sin excepción de clases ni categorías” debían ser aislados en establecimientos especiales construidos para ese propósito” (Agostoni, 2005, p. 174).

Tanto el lazareto como el hospital sirvieron como espacio de exclusión en la que hombres y mujeres al requerir atención médica fueron confinados y en algunos casos abandonados por su familia, incluso la sociedad contribuyó a la marginación de estos. Regularmente se construyen caracterizaciones, estereotipos o discursos en torno a enfermos, por miedo al contagio o por su aspecto físico. Discursos fijadores de conductas que acaban moldeándolas actitudes colectivas, produciendo prácticas conformistas, reproduciendo creencias (la mayoría fatalistas) y conformando ideologías (sobre todo deterministas) acerca del destino trágico de los que son marginados (Olmo, 2006).

Tratándose de estas instituciones establecidas en Mazatlán, se vincularon con las heterotopías definidas por Michel Foucault como lugares reales, afectivos y diseñados por la sociedad, absolutamente condicionados de sus márgenes y contrarios a los espacios de confort, pero que al mismo tiempo pueden desempeñar un doble papel de inclusión y exclusión (Foucault, 1984).

El lazareto cumplió con esa doble función, en primera porque se pretendió aislar a los enfermos por epidemias, dada la atención médica precaria en los hospitales, no habiendo otra alternativa más que remitirlos al allí, aun cuando las patologías eran diversas. De la pretensión de ser un espacio de exclusividad a epidemiados la realidad pasó a ser otra, y no era novedad que los lazaretos en México no fueran espacios exclusivos para enfermos contagiosos, porque también funcionaron como hospitales provisionales atendiendo a otro tipo de enfermos (Márquez, 1994).

En este sentido, al ingresar a diversos enfermos, la enfermedad individualizada tomó un carácter distinto al mezclarse con otras, detonándose nuevos síntomas y esta situación no sólo ocurrió en el lazareto sino también en los hospitales: “la enfermedad trasplantada corre el riesgo de perder su rostro esencial (...) de una manera más general, el contacto con los demás enfermos (...) altera la naturaleza propia de la enfermedad y la hace más difícilmente legible”. (Foucault, 2004, 36) Por lo tanto el tratamiento brindado a los pacientes del hospital y del lazareto, trató de ser un tanto objetiva, se logró reducir el número de enfermos afectados por las epidemias y demás enfermedades, pero no por ese hecho se dejaron de ver los estragos y secuelas que tardaron tiempo en desaparecer.

Si bien es cierto, la atención médica y las mejoras materiales se suscitaron de manera paulatina, en las últimas décadas del siglo XIX, como prueba de ello, fue que en 1887 el personal del Hospital Civil empezó a incrementarse, “se refleja un continuado desarrollo de la institución al crearse las plazas de sub-director médico, administrador, inspector de salas, primer y segundo practicante médico” (Rodríguez, 2008, p.95).

Incluso en 1893 construyeron un anfiteatro y un departamento para dementes, este departamento era visto como la cárcel de dolor, que retenía a la fuerza y el talento, los goces y los males, la fe y el sentimiento de los desviados, los anormales o inadaptados que ingresaban (*La Opinión de Sinaloa*, 9 de febrero de 1893, p. 2). Contó con una sala de operaciones, pero todavía le faltaba equipo de trabajo especializado (Torres, 2016), mientras que el anfiteatro era alardeado por contar con área de lavandería, hornos y servicio de baños limpios y pintorescos, listo y en perfecto orden para ser visitado y recorrido y así cerciorarse de las instalaciones (*El Correo de la Tarde*, 1 de octubre de 1899, p. 1).

Por su parte, los hospitales tuvieron dos funciones importantes, pues desde 1850 la finalidad principal fue brindar servicios médicos a los enfermos, sin embargo durante el porfiriato también pasaron a ser instituciones disciplinarias, porque a sus puertas llegaron a parar hombres y mujeres transgresores del orden público, tales como: alcohólicos, heridos por riña, prostitutas, vagos y dementes, actores considerados perniciosos por las autoridades públicas y la sociedad, había que mantenerlos en orden a través del sometimiento de estos en los hospitales pero sobre todo en la cárcel.

Es así como la temprana y relativa modernización presentó rasgos y matices diversos, en tanto que los servicios públicos se destinaron a determinado grupo, las precariedades existentes al acceso de estos, marginó en mayor medida a la clase bajas, las transformaciones tanto en cuestiones de servicios básicos como de espacios públicos fue posible el año posterior, sobre todo en la última década del siglo XIX y a principios del siglo XX.

Finalmente, la atención médica y el funcionamiento de las instituciones de salud presentaron precariedades y contrastes, durante los años estudiados se suscitaban cambios médicos. Las exigencias ante las insolencias persistieron, y es que en cierto sentido se hubieran podido solventar, aunque no en su totalidad, pero por el arraigo de una mentalidad fuertemente ligada al crecimiento económico, se benefició a un solo sector de la sociedad provocando así un desequilibrio entre las clases sociales, sobre todo en las menos favorecidas.

Locos en sus diversas manifestaciones

El panorama mazatleco no estuvo lejos de las premisas de la capital del país en donde surgieron preocupaciones por establecer reglamentos para la regulación de la sociedad con el fin de mantener orden y disciplina, dirigida principalmente a individuos transgresores de las normas considerándolos perniciosos. El puerto mazatleco mantenía una imagen interna poco favorable por los estragos aludidos anteriormente, mientras que algunos hombres y mujeres afrontaban estos estragos conscientemente, permanecieron otros viviendo más allá de un mundo racional, actores que no percibieron esta problemática en su justa dimensión.

Ante una ciudad pujante, las vivencias demenciales se encapsularon desde los actores atípicos que expresaron su éxtasis en medio del caos, en el pleno mundo de lo racional y las normas; y otros que fueron comunes entre la sociedad, en cualquiera de los casos sus actos los manifestaron en las vías públicas, por lo que las autoridades trataron de frenar esta situación a través del disciplinamiento. La atención prestada en cuanto a la salud mental había sido precaria, puesto que, apenas podían solventar la atención médica en los hospitales, siendo una problemática constante durante el cañedismo.

Al interior de la ciudad y el puerto hubo manifestaciones de irracionalidad y locura, las cuales, tuvieron diversos rasgos, componentes y actores diversos, desde el loco marginal, el loco y su tragedia, aquel que sufrió y murió, pero también los locos que mostraron su éxtasis, sus asideros y fugas del mundo.

En este sentido, se presta atención a los libertinos de mente fantástica y aquellos que retaron la tragedia. Encontrar este tipo de manifestaciones no ha sido una tarea sencilla y una fuente importante para detectar casos es la prensa de la época o las crónicas, en las que reviste la importancia dada por la sociedad, las autoridades públicas y la familia sobre estos dementes. Al existir ya un complejo enfrentamiento ante las enfermedades y sobre todo las epidemias, la pervivencia de los locos causaron miedo y hasta repudio, aunque en pocos casos, estos hombres dementes fueron una especie de cómicos o agraciados que divertían a los porteños por sus intrépidos actos.

En este sentido, se mostrarán en sus diferentes facetas las expresiones de locura de hombres y mujeres dementes, tal fue el caso de Mr. Argos, un hombre que habitaba cerca del centro de la ciudad, morador del Hotel Chata. Quién desde muy tempranas horas salía a hacer su recorrido cotidiano, despreocupado y fumando un cigarrillo; su venturoso recorrido empezaba por el hotel y terminaba por la Plazuela Machado (Morgado, 1889). Su extravagante comportamiento y expresiones lúdicas, sorprendía a cualquiera que los oyera exclamar su discurso; este loco denotó ser un hombre sin preocupaciones con ideas de grandeza y viajero de su propio mundo.

Enraizado en la memoria de los habitantes por su fama, loco libertino, gozoso de la vida preparaba ideas en torno a una mesa llena de objetos, desde periódicos en varios idiomas, algunos mapas, un jarrón con hollín, un tintero inutilizado y un sinfín de artilugios que complementaron su personalidad extravagante (Morgado, 1899). Con todo ello, Mr. Argos se lucía frente a su escenario manifestándose sin pena ni prejuicio, sabido de la vida, se tomaba el papel de culto, ambicioso y trabajador, afrontando a la sociedad moderna sin límites.

En este sentido, Argos no tuvo inconveniente alguno al hacer su recorrido diario de manera pacífica, jamás atrajo la atención de los policías, quienes inspeccionaban las calles supeditando cualquier altercado, de manera que Argos fue estimado de acuerdo con sus actitudes y supo dominar el espacio cotidiano.

Mientras Argos demostró sus expresiones en los andares de antaño, no faltó un loco que emprendió un viaje alejándose de la ciudad con destino a Tucson. La finalidad de tan importante decisión, fue por la imperiosa necesidad de intercambiar sus pertenencias para obtener recursos económicos necesarios con los que podría alimentarse y así poder subsistir. Durante el viaje la suerte no estuvo de su lado, pues el camino había sido largo y un tanto agotador, que al llegar a Tucson le sorprendió el anochecer y un torrencial aguacero, sumado a ello, el individuo no encontró en donde refugiarse más que en un cementerio denominado "Siempre Verde", en donde pasó la noche (El Correo de la Tarde, 1892).

Al día siguiente lo encontraron unos vecinos que vivían cerca del cementerio, pensando que se encontraba en estado de ebriedad, pero al verlo aseveraron que estaba loco pues juraba y perjuraba que durante la noche varios esqueletos salieron de su fosa y se lo pretendía llevar. Los vecinos del cementerio al ver la situación de este hombre, lo llevaron con los médicos y al atenderlo les dijeron que difícilmente recobraría la razón, pues según ellos era de un temperamento predisuesto a la locura (*El Correo de la Tarde*, 18 de agosto de 1892, p. 2).

La ausencia de los familiares era evidente, este caso ilustra el descuido y el abandono por parte de ellos, aún en su condición se arriesgó a abandonar el puerto para buscar medios de subsistencias. Al quedarse varado en el cementerio de la ciudad a la que se trasladó y al momento de ser encontrado por personas que transitaban cerca de ese lugar, sus conductas fueron interpretadas con extrañeza, razón por la cual lo condujeron con médicos, quienes certificaron que presentaba síntomas propios de la locura.

En este sentido vemos la construcción y el significado de la locura como una enfermedad que necesitaba atención médica, finalmente no se supo el destino de este hombre, si volvió al puerto o no, o si se quedó confinado en alguna institución para ser atendido.

Mientras el loco anterior se aventuró en su viaje, otro arribó al puerto a través de un barco, como era sabido Mazatlán tuvo redes comerciales importantes con extranjeros, por lo que constantemente estos desembarcaban mercancías. En 1892, el barco conocido como el “New Bern” al pasar por el puerto, dentro de su tripulación venía abordo un loco furioso y que fue abandonado en la playa.

Este loco era un extranjero que al momento de ser abandonado y por situarse en una ciudad desconocida, deambuló por la playa hasta dirigirse al Hotel Central en donde ocasionó desorden en las instalaciones; los encargados llamaron inmediatamente a la policía para ponerlo bajo control, pero como era un loco temible, furioso e incontrolable, tuvieron que atarlo y así conducirlo hasta la cárcel (El Correo de la Tarde, 18 de agosto de 1892, p. 2).

Sólo permaneció por poco tiempo, pues al parecer las autoridades lo volvieron a dejar en libertad, sin embargo, en el menor tiempo pensado, volvió al hotel ocasionando nuevos escándalos y los policías por lo que la policía, tuvo que ejecutar la misma dinámica, atándolo para evitar un accidente, pero la segunda vez fue confinado al Hospital Civil.

Al llegar a la institución surgieron inconvenientes, primero porque no contaban con las condiciones necesarias y además no era un lugar pertinente ni tampoco seguro, y por otra parte por el miedo del personal para atenderlo, pues como era un loco furioso, tipificado de fiera temible que nadie podía controlar, trataron de evitar su internamiento. A pesar de la renuencia del personal y la evasión de la responsabilidad sobre el loco, el hospital finalmente lo acogió temporalmente, en lo que las autoridades de la Junta de Sanidad decidían que hacer con él.

Entre los acuerdos de la Junta de Sanidad, se le pidió al Dr. José Ma. Dávila revisar el estado en el que se encontraba el loco, certificando que no se revelaba ningún trastorno mental, por tanto, los encargados de la Junta de Sanidad apelaron para que el loco fuera reembarcado.

El que desembarcó del “New Bern” será reembarcado, según nos han informado, y es muy puesto en razón que así sea. De lo contrario tan luego como se supiera que aquí se revive a los locos, no nos faltarán inmigrantes, de esa especie, que es ciertamente la menos aceptable, en el estado de nuestra sociedad. Cuando lleguemos a tener unos veinte o treinta mil chinos, será cosa de pensarlo (El Correo de la Tarde, 9 de julio de 1892, p. 1).

Después de este incidente se les hizo un llamado de atención a las autoridades marítimas para que estuvieran al pendiente de los desembarcos y evitaran este tipo de situaciones.

El barco presentó un peso simbólico hacia los locos en el puerto, un caso similar como la nave de locos en Europa descrita por Michel Foucault, en el sentido de embarcar a los locos fuera de la ciudad. Pero para el caso mazatleco este loco arribó al puerto, por ende, habría que preguntarse ¿cuántos más de estos locos fueron abandonados al interior del puerto? La navegación de los locos formó parte de la representación heterogénea de la locura y también una forma de exclusión y marginación del navegante, es de suponerse que no fue casualidad el abandono de este hombre pues la evasión de este tipo de individuos era evidente.

Si bien es cierto, el puerto abrió paso a los inmigrantes, pero por la aludida modernidad no cualquier persona pudo formar parte de la sociedad, la exclusión y la marginalidad se hicieron notar en los años porfiristas, “además de los desórdenes cometidos por los enfermos mentales, las críticas se enfocaron sobre todo a la imposibilidad de su encierro en el hospital” (Ayala, 2007, p.184). Prueba de ello fueron las diversas perspectivas sobre estos y otros actores nocivos y además de dar una imagen negativa del puerto en aras del progreso.

Por estos aspectos, la ciudad no podía cobijar bajo ningún motivo a los locos, pues estaban más preocupados por las opiniones de los municipios circunvecinos y de los estados cercanos; dejando claro que Mazatlán no era un depósito de locos mucho menos de locos foráneos, pero entonces Mr. Argos ¿era digno de la ciudad porque no causaba ningún desorden? Al parecer este dinamismo funcionó de esa manera, por lo menos la existencia de Argos en el puerto mostró decisiones y preocupaciones contrastantes, él si se desarrolló libremente y sin ataduras; mientras que el loco furioso proveniente de otro país fue excluido y denostado por daños a la moral.

Al interior del puerto y ciudad hubo dualidades discordantes entre los casos referidos, marcados por aspectos que tienen que ver con lo aceptado y lo prohibido, lo normal y lo anormal, había una clara tipificación de estos, prácticamente se anunciaba la pertenencia de los locos del puerto y los otros que no eran bien recibidos, fueron desconocidos en este espacio y nadie se quería hacer responsable.

En autores como (Ayala, 2007, p. 185) afirma: “se puede advertir un discurso progresista, ordenador del espacio urbano y tendiente al control social, el cual se reclamaba ejercieran las autoridades”. En relación a lo acontecido con los locos orizabeños durante el porfiriato, la situación de Mazatlán no fue distante pues los constantes discursos emitidos por la prensa de la época y la propia sociedad, se pretendía mantener a la ciudad en orden y para ello era necesario controlar a los dementes.

Las notas de la prensa nos muestran una faceta de esta situación, además los analistas porfirianos estaban “comprometidos con la protección a la sociedad, los expertos apoyaron sin reparo alguno la creación de instituciones capaces de contener la perniciosa influencia de lo que ellos percibían como hombres y mujeres perversos” (Rivera, 2010, p. 40).

No solo eran los dementes, sino también a los alcohólicos, criminales o prostitutas, incluso para estas últimas hubo un control un tanto riguroso durante el siglo XIX, predominó en buena medida la inquietud por la higiene tanto en Mazatlán como en los demás estados, sabido es que “el tema de la prostitución en México fue objeto de múltiples reflexiones, debates y propuestas debido a los problemas sanitarios, morales y sociales que se le atribuyeron” (Bailón, 2016, p. 43).

El hospital, el manicomio o la cárcel fueron espacios de internamiento, y en Mazatlán los hospitales aludidos lo desempeñaron. Realmente las autoridades no estuvieron interesadas por el bienestar de los locos, como tampoco la sociedad para con ellos, pues sólo eran un problema más al que le darían solución sometiéndolos y disciplinándolos, ya que estos locos no podían objetar por el trato recibido tampoco por los servicios médicos.

En este sentido, encontramos el caso de un demente que residía por la calle del Muelle, causó malestares a sus vecinos a pesar de encontrarse encerrado en su hogar, todas las noches gritaba estrepitosamente y los vecinos no podían conciliar el sueño, esta situación se presentó todos los días. Los vecinos cansados de él, no pudieron tolerarlo más llamando a la policía para que ellos, lo trasladaran al Hospital Civil. (*El Pacífico*, 12 de octubre de 1882, p. 1). Durante este periodo, todo loco que no era controlado por su familia,

la policía se encargaba de llevarlos a los hospitales y a la cárcel, instaurando una forma de poder regulatorio sobre los cuerpos.

El cuerpo de policía era vital, en el entendido de poner orden a la ciudad, vigilar y salvaguardar el bienestar social. Pero incluso la locura no sólo afectó a un grupo marginal, sino también a aquellos que podían tener una posición laboral reconocida. El caso del capitán de Artillería Conrado Landa, se dio a conocer en la prensa por su extravagante y osado comportamiento, este hombre subió hasta lo más alto de las torres de la Catedral, gritando que debían caerse en honor a la muerte del general Jiménez. Los transeúntes al escucharlo y observarlo llamaron a los policías, mismos que intervinieron para trasladarlo de inmediato al Hospital –suponemos en este caso que lo llevaron al Hospital Militar- lo que le condujo a actuar de esa manera, fue porque presentaba enajenación mental (*El Correo de la Tarde*, 28 de enero de 1897, p. 1).

Las causas asociadas a la locura fueron diversas, y para socavar la problemática en la última década del siglo XIX, cuando se dio a conocer el establecimiento de un departamento para dementes en Hospital Civil, estos hombres y mujeres empezaron a internarlos con más frecuencia al establecimiento. Por ejemplo, el chino Ley Won, por orden de su padre fue confinado en el Hospital Civil para su tratamiento a causa de enajenación mental.

Antes de ser remitido, sus actos en días anteriores propiciaron que su padre tomará la decisión de internarlo, pues un lunes por la noche el chino Won fue encontrado en la Plazuela Machado en condiciones poco favorables, mojado y golpeado. Las personas que lo vieron expresaron que el chino se había arrojado al mar para alcanzar al barco Orizaba, porque varios de sus paisanos iban a bordo, y por falta de recursos económicos no pudo partir junto con ellos (*El Correo de la Tarde*, 10 de noviembre de 1897, p. 3). Se puede observar en estos casos el ingreso a los hospitales como remedio curativo, pero también disciplinario.

Cabe señalar que no fue sino hasta 1893 que el Hospital Civil ya contaba con el departamento de dementes, sin embargo, la atención médica seguía siendo insuficiente en estos años. Esta institución fungió como medio de control y curación del cuerpo enfermo, la locura en este sentido se consideró una enfermedad, misma que era temida por la sociedad. Al parecer “sólo fue cuestión de décadas para que la locura, en el México de mediados del siglo XIX y la época porfiriana, comenzara a ser confinada al pabellón para dementes anexo algún hospital, cárcel o el manicomio” (Ayala, 2007, p. 180).

Esta cuestión no fue propia de Mazatlán pues en el municipio de Culiacán ya existían instituciones hospitalarias en las que también confinaron a hombres y mujeres dementes, sobre todo el Hospital del Carmen e incluso la Casa de Beneficencia que supuestamente en sus instalaciones cobijaba a ancianos o menesterosos, pero también se sabe que prestó ayuda a prostitutas, e incluso a locos, tal fue el caso de un labrador que padecía enajenación mental, la causante de su estado según él, fue por un supuesto remedio casero que le dio a tomar su esposa, mismo que le provocó fiebre en toda la noche y además de un disgusto con su cuñada. Estas razones fueron atribuidas a su padecimiento (*El Correo de la Tarde*, 1897).

Otra causa asociada a la locura era el desamor, así lo vivió Catalina, originaria de Agua Caliente un poblado circunvecino a Mazatlán, tuvo dos accesos de locura y la causa principal fueron los celos desenfrenados por un agente de quien se creía enamorada, aunque la desdichada mujer jamás logró conquistarlo, motivo por el cual perdió el juicio y también la mandaron al Hospital Civil. La asociación de la locura tenía que ver con el amor, porque “según el pensamiento decimonónico imperante, la mujer estaba determinada por sus ciclos biológicos y, a partir de lo cual, era mucho más propensa al desequilibrio de carácter y a las enfermedades nerviosas y mentales” (Morales, 2008, p. 35).

El caso siguiente, no estuvo alejado de la situación anterior, el jueves 27 de enero de 1897 por la mañana fue encontrada en la calle de Cocos una mujer demente que desde días anteriores había estado enferma, su familia no sabía qué hacer con ella, pues ya la habían tratado médicos, pero ninguno pudo curarla. Por lo que estando encerrada en su hogar o al salir por la calle, su comportamiento dio mucho de qué hablar entre sus vecinos, y como tampoco la toleraban, llamaron a la policía y a un agente para que se presentaran en su domicilio.

Al llegar a su casa procedieron a interrogarla, en cuanto a sus actitudes a lo que ella manifestó que le acongojaba ver a una mujer y a un hombre frente a su cama pretendiendo asesinarla; y a decir de la joven demente, la culpable se llamaba Concepción, misma que laboraba en una fábrica de cigarros. Los familiares de la demente acusaron a Concepción de ser una hechicera y además también a José su amante (quien anteriormente mantuvo amoríos con la joven demente) ambos como responsables de su condición porque creía haber sido hechizada por eso se encontraba perturbada de sus facultades mentales.

Sumado a estas declaraciones, la demente también dijo que Concepción había matado con brujerías a Delfina con quien José se pretendió casar, pero que no lo logró. El fin que tuvo este enredo amoroso fue que Concepción imploró su inocencia, bañada en lágrimas ofreció disculpas a la familia de la joven demente, prometiendo que la curaría (aunque en realidad no había causado ningún daño) no se supo que pasó después con ella. Pero lo que si se supo, fue que la joven demente murió un mes después por causas desconocidas, cuando estuvo en agonía por más que se le trató de disuadir que no sufría ningún daño maléfico en la enfermedad que minaba su cuerpo, por tanto murió convencida de haber sido hechizada por Concepción.

Una amplia lista de locos en sus diferentes facetas al interior de la ciudad, así como Mr. Argos mostró sus comportamientos en las vías públicas, también otro individuo conocido como el Cachora expresó sus extravagancias, aunque no corrió con la misma suerte que Mr. Argos, pues la policía lo detuvo mientras se paseaba por las calles en la noche, “vestido “de levita, clac, bota fuerte y un garrote grueso que hacía girar a guisa de bastón. Una muchedumbre le seguía divirtiéndose con su facha, riendo, silbando; y armando una bulla que degeneraba en escándalo” (*El Correo de la Tarde*, 29 de enero 1897, p. 2).

Un tipo con gracia, que sus seguidores se divertían con él por sus actos de caballero andante, se creía en su mente libertina el fausto de la noche, todo un majestuoso personaje teatral que alteraba el orden público. Parecía gozoso del espacio, sin embargo, cometió un altercado después de sus diversiones, intentó entrar a la casa del gobernador, pero no pudo lograr su objetivo por la intervención de un agente de policía al cerrarle el paso. No conforme con ello, el loco subió a uno de los vagones cercanos dirigiéndose a la Aduana, en donde los marineros lo llevaron al extremo del muelle arrojándolo al agua, recibiendo una ducha gratis y finalmente los policías lo aprendieron conduciéndolo a la cárcel.

Para las autoridades públicas, los locos corrompieron la moral, además de darle un mal aspecto a la ciudad moderna. Estos inadaptados iban a parar a la cárcel o a los hospitales, no importando si eran hombres o mujeres, como tampoco la edad, eran locos joviales, agresivos o místicos.

Todos ellos formaron parte del escenario porteño, como muestra de la compleja confluencia humana, y además de que marcaron una escisión en cuanto a los ideales porfiristas, siendo un calvario para las autoridades públicas, quienes trataron a toda costa de disciplinarlos remitiéndolos a las instituciones mencionadas, de alguna u otra forma debieron mantenerlos en orden. Aunado a ello, Nilda Guglielmi aludió sobre la marginalidad, en tanto que un individuo o grupos de individuos no son aceptados dentro

de la sociedad por alguna condición sea de índole, física, religiosa o patológica como en estos casos (Guglielmi, 1998, p. 11).

Los diferentes comportamientos de estos locos en las últimas décadas del siglo XIX, eran asociados todavía a supersticiones, el siglo anterior la locura y el sujeto que la padecía, se circunscribían en torno a causas sobrenaturales, el historiador Roy Porter realizó el análisis y el recuento sobre los cambios y conceptualizaciones que ha tenido este tipo de conducta humana.

Porter nos permite comprender por qué razón la locura en las antiguas civilizaciones eran comprendidas por cuestiones sobrenaturales, mágicas o demoníacas, en donde los supuestos Dioses castigaban a los individuos, y “en consecuencia, la cura quedaba en manos de los sacerdotes, médicos y para el diagnóstico y la terapia se recurría a augurios o al sacrificio y adivinación” (Porter, 2003, p. 43).

Este historiador consideraba que la locura era juzgada por todas las sociedades dejando a un lado la justificación clínica estricta, esto formó parte de la clasificación entre lo diferente, lo desviado y lo potencialmente peligroso. Lo mismo ocurrió en el caso de la sociedad mazatleca, situada y vista por la elite gobernante como una ciudad progresista en donde seguía permeando la mentalidad de siglos pasados en relación a los locos, y es que esta cuestión no cambió mucho pues también la atención médica era insolvente y el temor a ellos tampoco cesó.

No obstante, estos actores dieron mucho de qué hablar, aunque al parecer quiso ser evadida la atención médica, pues lo único que buscaron los gobernantes fue el control y la disciplina de los locos originarios del puerto y también de los locos extranjeros. Sin lugar a duda el cuerpo de policía desempeñó un papel importante, al vigilar y controlar a estos locos en los lugares públicos, aunque existieron controversias entre los médicos y las autoridades públicas por la remisión de estos individuos. Ya que los hospitales se encontraban con dificultades para brindarles atención médica, su mayor preocupación en este sentido era erradicar y atender a los enfermos por epidemias u otras enfermedades, excepto al loco.

Desde la óptica de Michel Foucault, para el caso de las instituciones hospitalarias, consideró que la enfermedad mental no debía entenderse como un hecho natural sino como un constructo cultural sustentado por una red de prácticas administrativas y médico psiquiátricas (Foucault, 1976, p. 174). Es por eso que durante el siglo XVIII se empieza a cuestionar a la locura, que la identifica de las demás formas de comportamiento social. No fue sino hasta finales del siglo XVIII y principios del siglo XX, cuando la locura se entiende como una enfermedad, es ahí cuando la locura empieza a ganar terreno para ser estudiada con mayor énfasis y análisis desde diversos puntos de vista, sean médicos o sociales, así mismo como la construcción cultural de cada sociedad como ocurrió en el caso de Mazatlán.

Comentarios finales

La modernidad durante el porfiriato en Mazatlán, siguió presentando una inestabilidad interna, al permear la mentalidad económica de la élite los beneficios fueron desiguales para las clases sociales. La clase baja tenía que subsistir y resistir a los cambios generados, así mismo enfrentar los porvenires del progreso anhelado, buscando los medios y recursos necesarios para poder subsistir, el desplazamiento de los pobres se hizo cada vez más notable en esos años.

A pesar de aludir que Mazatlán para estos años se destacó por ser una de las ciudades importantes en el noroeste, el pequeño grupo marginado y excluido estuvo presente, por más que se trataron de regular las

normas y las malas conductas no se logró una estabilidad total, su presencia permitió ver hasta qué punto la ciudad opacó y evitó a toda costa las acciones que mancharon al puerto pintoresco.

Con la heterogeneidad y el cosmopolitismo de su confluencia humana, se observaron las manifestaciones de locura y su construcción cultural y social, la cual fue heterogénea, manifestando polaridades discordantes, por un lado, estuvieron los locos aceptados, pero también se hicieron notar los locos que actuaron en contra de las normas, trasgrediendo y alterando el orden social, acreedores al juzgamiento por sus actos.

La expresión de “locura” por lo tanto rompe con la imagen modernista de la ciudad la cual estuvo opacada durante años. No fue sino hasta las últimas décadas del siglo XIX cuando se dieron casos más preocupantes por lo tanto debían encontrar un lugar para estos y así mismo ser confinados, no había otro lugar para optar más que el Hospital Civil, a partir de la última década del siglo XIX se suscitó un notable incremento de estos locos.

De ahí que se parta la idea que realmente hubo un número considerable de ellos, mismos que deambularon por las calles, otros encerrados en sus hogares, incluso algunos más fueron remitidos a la cárcel por los policías y en el mayor de los casos fueron confinados al Hospital Civil para ser atendidos por médicos.

No podría faltar la percepción de las autoridades públicas hacia los “locos”, al ejercer la cuestión disciplinaria de cualquier acto en contra de la ley, tomaron muy en serio su papel al actuar como guardines de la seguridad social, acatando ordenes establecidas de acuerdo a su oficio; es así que fungieron como intermediarios de este ir y venir progresista, que a pesar de los esfuerzos realizados redujeron los desórdenes provocados por este tipo de individuos.

Esos locos mazatlecos que manifestaron su locura libremente sin alterar el orden, fueron todo lo contrario convertidos en personajes cómicos, que divirtieron a su paso a muchos de los ciudadanos, locos aceptados que a pesar de sus comportamientos no fueron tratados medicamente, su vida transcurrió normalmente pues al fin y al cabo no causaban daños mayores.

Por lo tanto, la locura mazatleca fue un constructo cultural de acuerdo al entendimiento de la sociedad por la cual estaba regida, el grado de aceptación y exclusión pusieron al margen a estos individuos que bien o mal estuvieron inmiscuidos en la vida cotidiana del puerto. De igual manera en su interior estuvieron los vagos, mendigos, alcohólicos y las prostitutas, realmente fueron denostados, estigmatizados y excluidos por la sociedad, no necesariamente por ser pobres sino por su condición física, psicológica y patológica.

Finalmente cabe mencionar, que en Mazatlán no existió como tal un hospital psiquiátrico especializado para atender a enfermos mentales, aunque en la capital del país ya se había aperturado hospitales destinados a atender a este tipo de personas. Por lo tanto, el puerto y la ciudad de Mazatlán sólo se adecuarían con disciplinar y mantener bajo control a los locos en los espacios hospitalarios.

Referencias

La Opinión de Sinaloa, 1893.

El Correo de la Tarde, 1892, 1897, 1899.

LITERATURA CITADA

- Agostoni, Claudia. (2005). "Los infinitamente pequeños: debates y conflictos en torno a la bacteriología (Ciudad de México, siglos XIX al XX)", en Agostoni Claudia. y Speckman, Elisa, *De normas y transgresiones, enfermedad y crimen en América Latina (1850-1950)*. México: UNAM.
- Ayala, H. (2007). *Salvaguardar el orden social. El manicomio del estado de Veracruz (1883-1920)*. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán.
- Bailón, F. (2016). *Prostitución y lenocinio en México, siglos XIX y XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Díaz, V. & Lamarque R. (1992). *Salud pública en Sinaloa, historia y realidades*. Culiacán, Sinaloa: Coordinación General de Salud del Gobierno del Estado de Sinaloa.
- Favela, Astorga Pedro Pablo. (2014). *El poblamiento del puerto de Mazatlán entre 1830 y 1860*. Centro de Estudios Históricos, El Colegio de Michoacán, Michoacán.
- Foucault, Michel. (1976). *Historia de la locura en la época clásica I*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (1984). "Documental sobre la conferencia brindada en el Cercle de études architecturales, 14 de marzo de 1967", *Mouvement, continuité (5)*, s/p.
- , (2004). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Guglielmi, Nadia. (1998). *Marginalidad en la Edad Media*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Illianes, M. A. (2010). *Historia social de la salud pública en Chile 1880-1973, (hacia una historia social del siglo XIX*. Chile: Ministerio de Salud.
- Márquez, L. (1994). *La desigualdad ante la muerte en la ciudad de México. El tifo y el cólera (1813 y 1833)*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Morgado, Alonso. (1889). "La mesa de Mr. Argos". En *Mazatlán Literario. Álbum prosa y versos de los escritores de la ciudad de Mazatlán*. Mazatlán, Sinaloa: Imprenta y casa editorial de Miguel Retes.
- Olmo, P. O. (2006). "Marginados: la producción y el castigo de la exclusión". En Castillo, S. & Olmo, P. (coords.), *Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Pérez, Montes Víctor. (2009). *Mazatlán: visiones cotidianas entre lo sacro y lo mundano 1861-1877*. Facultad de Historia- Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán, Sinaloa.
- Porter, R. (2003). *Breve historia de la locura*. Madrid, España: Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez, M., L. (2008). *Atención hospitalaria y Salud Pública en el Mazatlán del siglo XIX*. Culiacán, Sinaloa: Archivo Histórico General del Estado de Sinaloa.
- Torres, F. (2016). *Instituciones, espacios y actores urbanos en el puerto de Mazatlán (1880-1910)*. Facultad de Historia-Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán, Sinaloa.
- Rivera, C. (2010). *La Castañeda. Narrativas dolientes desde el Manicomio General, 1910-1930*. México: TUSQUETS.
- Morales, F. (2008). *La apoteosis de la medicina del alma, establecimiento moral de la enajenación mental en la ciudad de México, 1830-1910*. Facultad de Filosofía y Letras- Universidad Autónoma de México.

SÍNTESIS CURRICULAR

Grisel Santiago Pérez

Licenciado en historia por la Universidad Autónoma de Sinaloa. Pasante en la maestría en historia por la misma institución. Ponente en congresos nacionales e internacionales. Ha realizado estancias de investigación en instituciones de educación superior.